

Sección Posiciones

Después de la guerra fría. ¿Un nuevo conflicto Norte-Sur?

Pierre Schori

Pierre Schori: ministro de Cooperación para el Desarrollo Internacional de Suecia; ministro adjunto de Asuntos Exteriores.

Nota : Este discurso fue leído en la cátedra Julio Cortázar, Universidad de Guadalajara, en noviembre de 1995.

Faltando pocos años para el fin de nuestro siglo, seguimos sin tener una visión clara del nuevo orden mundial con el que soñamos cuando cayó el comunismo soviético. En vez de esto nos hallamos ahora en un estado de desorden global que ha resultado de una marcada incertidumbre política y en grandes sufrimientos humanos. En el caso de Europa tenemos la trágica paradoja de que han muerto más personas después del fin de la Guerra Fría que durante todo el período de la posguerra. Las masacres en la antigua Yugoslavia y Chechenia echan oscuras sombras sobre el actual debate de política mundial. La economía es otra parte de este cuadro diversificado y complejo. Durante la década del 60 el mundo entero contuvo la respiración mientras Khrushchev y Kennedy medían sus fuerzas usando al resto del mundo como prenda en la crisis de las bases de cohetes en Cuba. Hoy en día no son los actos de Yeltsin, Clinton y sus generales los que nos afectan, sea como individuos o como naciones. En muchos casos son actores económicos anónimos, actores que están fuera del control de la democracia, los que nos manejan a través de contactos globales, comunicaciones instantáneas y decisiones invisibles.

A mediados de los años 80 circulaban unos 150.000 millones de dólares al día por el mercado global de divisas. Diez años más tarde esta cifra llegaba al billón de dólares. Tal cantidad sobrepasa el haber de las reservas de todos los bancos centrales del mundo. Como resultado de esto, tenemos un cambio radical y dramático de poder, muchas veces de carácter desestabilizador, especialmente para los países en vías de desarrollo.

Los cambios producidos en nuestro medio han alterado las condiciones de la política de seguridad, mostrando que la seguridad no se puede construir únicamente con elementos militares. Cada vez son más los que

comprenden que compartimos un destino global común y un concepto de seguridad ampliado que no se puede limitar a la seguridad de los Estados, sino que también debe incluir la seguridad del individuo.

Hace poco mencioné las estadísticas de la CEPAL sobre la creciente pobreza en América Latina durante la década de 1980, años que al mismo tiempo fueron muy exitosos en términos de macroeconomía. La CEPAL nos indicó que uno de cada cinco habitantes en Latinoamérica no dispone de ingresos suficientes para consumir alimentos que le permitan satisfacer sus necesidades nutricionales mínimas.

Durante la semana pasada la UNRISD, el órgano de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social, emitió un informe llamado *Estados en desintegración: los efectos sociales de la globalización*. La lectura es deprimente. El informe nos recuerda que el mundo ha cambiado en forma dramática y sin precedentes durante la segunda mitad de nuestro siglo. La tecnología y la globalización de la economía han desestabilizado el orden mundial para los Estados y los individuos. El informe menciona asimismo la revolución habida en el campo de los medios de comunicación. Un reducido grupo de agencias noticiosas y de compañías de televisión dominan totalmente el mercado y el mundo. Todos miramos los mismos programas y escuchamos las mismas noticias. Simultáneamente puede existir un consenso internacional respecto a las ideas neoliberales, que nos induce a reducir el papel del Estado y de la sociedad de bienestar dejando que el mercado satisfaga las necesidades del consumidor. Los ganadores en términos materiales son en primer lugar los países industrializados, incluyendo a Corea del Sur, Hong Kong, Singapur y partes de la China y la India. Pero los verdaderos ganadores son las empresas globales, subraya el informe.

Los resultados más trascendentales de la globalización, dice allí más adelante, son los siguientes: el aumento de las injusticias e inseguridades; el debilitamiento de las instituciones nacionales y locales; la erosión de la cohesión social.

Tenemos al mismo tiempo que el estatus social de los obreros y sindicatos ha empeorado, que el narcotráfico ha aumentado, que la criminalidad internacional ha crecido en un 5%, cifra que supera el crecimiento demográfico. En las ciudades más grandes de EEUU hay alrededor de 5.000 pandillas con unos 250.000 miembros y solamente en Moscú hay 3.000 pandillas criminales.

Todo esto nos demuestra que hay gran necesidad de una contraofensiva para salvar la democracia, vencer las injusticias y la pobreza y consolidar la paz. A mi juicio toda política es local, y por eso toda acción debe empezar en su propio ambiente, su propio pueblo y país. Para decirlo con otras palabras: la paz empieza en casa.

Resulta evidente que debemos crear una fuerza política para balancear los poderes económicos. Esto requiere, primero, conciencia del problema, segundo, voluntad política y un programa para transformar la situación, y tercero, cooperación internacional entre aliados. Es probable que este necesario proceso vaya a llevar tiempo. Entre tanto podemos actuar local, nacional e internacionalmente para combatir una de las profundas raíces de este predicamento: la pobreza.

¿Cómo podemos atacar la pobreza, qué doctrinas y métodos debemos utilizar? Permítanme nombrar unos ejemplos tomados de la experiencia sueca que ya tiene más de 30 años de existencia.

Tomemos el caso de Nidia Ruiz clavando los marcos de las ventanas de su nueva casa en las afueras de San José de Costa Rica. En la ladera del cerro se están construyendo 130 casas nuevas. La organización Fundación Promotora de la Vivienda (FUPROVI) ha ayudado a Nidia y a sus vecinos con los títulos de propiedad y todo ese complejo de gestiones burocráticas que suelen ser demasiado complicadas y costosas para los pobres de San José.

Los pobladores construyen las casas con sus propias manos. Todos ayudan en la construcción de todas. El dinero lo toman prestado de un fondo que también otorga préstamos a los pequeños empresarios. Ya que los hombres van a sus trabajos durante el día, las mujeres se hacen cargo de la construcción. La mitad de los nuevos propietarios son mujeres solas.

El apoyo que Suecia da a la FUPROVI de Costa Rica no es únicamente un excelente ejemplo de cooperación, sino además un indicador del camino que el gobierno de Suecia desea seguir en su política de cooperación:

- Lo primordial es reforzar la cooperación planeada a largo plazo y destinada a luchar contra la pobreza y asimismo incrementar el apoyo a los grupos más pobres y marginados. Hoy en día sabemos que la pobreza es un problema que en alto grado afecta a la mujer. La mitad femenina de la humanidad solamente dispone del 10% de los ingresos. (Tenemos además que uno de cada seis pobres del mundo es minusválido).
- En segundo lugar deseamos apoyar el desarrollo democrático de la sociedad, la cultura democrática que fomenta la participación popular y ofrece a los pobres la posibilidad, no sólo formal sino también real, de hacer uso de sus derechos y de tomar responsabilidad por sus propias vidas ya que el desarrollo es esencialmente una cuestión de dignidad humana.

Las ONGs tienen un papel clave en la construcción de sociedades democráticas y pluralistas. No es pura y simple casualidad que más de una cuarta parte de la cooperación bilateral sueca esté canalizada a través de ellas.

- Tenemos en tercer lugar que los casos como el mencionado proyecto en Costa Rica –literalmente hablando– son una ayuda a la autoayuda. No se trata de limosnas, se trata de una contribución concreta a un proyecto –la construcción de una casa o la creación de una pequeña empresa– se trata de ayudar con algo por lo que el individuo mismo ya ha tomado responsabilidad y ya ha movilizado recursos. La FUPROVI no se dedica a la beneficencia. La FUPROVI exige que quienes toman un crédito cumplan con requisitos claramente establecidos, y se hace cargo de que los préstamos concedidos sean reembolsados.

- En cuarto lugar se trata de la igualdad de oportunidades. Darles poder a las mujeres es una meta democrática en sí. El camino a la democracia y el desarrollo pasa por la liberación de la mujer. La feminización de la pobreza es un hecho innegable. De los 2.300 millones de pobres que hay en el mundo, un 70% son mujeres. Pero la igualdad de oportunidades también es un modo de alcanzar desarrollo y mejor estándar social para todos. Todas las grandes conferencias de la ONU durante los últimos años –la del Medio Ambiente, los Derechos Humanos, la Demográfica, la Social y últimamente la de la Mujer en Beijing– destacan que la igualdad de oportunidades es la llave para solucionar los imperativos globales.

Tradicionalmente la política de seguridad ha sido siempre cuestión de la seguridad exterior de los Estados, se ha tratado de rechazar las amenazas contra la integridad territorial y de defender la independencia política. Esto es el núcleo concreto de la política de seguridad. Es un aspecto que sigue siendo relevante e importante. Sin embargo en la era del poscomunismo esto ya no resulta suficiente. Existe una innegable relación entre el desvalimiento económico y social y las crisis y conflictos políticos. Es por ello que hoy la paz, el desarrollo y la seguridad conforman una unidad cuyas partes están condicionadas entre sí. Resulta por ello imperioso ampliar el concepto tradicional de seguridad. Cada día son más los lugares de nuestro orbe donde las amenazas no provienen de ejércitos extranjeros sino de la contaminación ambiental, la pobreza, el sufrimiento, la ira y desesperación que nacen de la adversidad y humillación. En la aldea global la seguridad y el desarrollo son dos caras de la misma moneda.

Es en base a esta convicción que ahora el gobierno de Suecia actúa con fuerza para dar un amplio apoyo político, económico e individual al proceso de paz en el Oriente próximo. Hemos comenzado a planear lo que nosotros, en coordinación internacional, podríamos hacer para reconstruir la antigua Yugoslavia. Recientemente hemos creado en

Estocolmo, juntamente con otros trece Estados, un Instituto Internacional de Apoyo a la Democracia y las Elecciones Libres, el International IDEA. Hemos firmado un tratado de cooperación a largo plazo con la nueva Sudáfrica democrática. Continuamos así mismo dando amplio apoyo a los procesos de paz y reconciliación en Centroamérica.

Otro hecho que cabe mencionar es que hace treinta años que las naciones de Oriente y del Sudeste asiático están viviendo un desarrollo que en mucho supera el del resto del mundo. A fines del siglo XVIII Gran Bretaña duplicó su producción per cápita en 58 años. A fines del siglo XIX Japón repitió esa hazaña en solamente 34 años. Durante las últimas décadas hemos visto a Corea realizar una proeza similar en sólo 11 años y a China en apenas 10. A pesar de que la población total ha aumentado en dos terceras partes desde 1970, la cantidad de pobres en Asia oriental se ha reducido bajando de 400 a 180 millones de personas.

La importante conclusión que debemos sacar del milagro del Asia oriental es que en realidad no se trata de milagro alguno. Los progresos se deben a dos virtudes de carácter ancestral: trabajo arduo y política prudente.

Los cimientos sobre los que se basan los progresos consisten en una política económica enfocada hacia la estabilidad, apertura hacia el resto del mundo, bajo índice de inflación, un presupuesto severo y, lamentablemente, por aquí y allá una gestión autoritaria. Hasta aquí se trata sencillamente de una sensatez convencional, un sentido común del tipo que el FMI y el Banco Mundial les recomiendan ahora a todos los ministros de Hacienda.

Pero en el milagro asiático existen dos ingredientes suplementarios de mayor originalidad. Uno de estos ingredientes es el rápido crecimiento, generalmente combinado con una repartición cada vez más equitativa de los recursos. Las economías más progresivas son en realidad las que mejor han logrado reducir la polarización. Los frutos del crecimiento han sido repartidos, y esto les ha dado un alto grado de legitimidad a los gobiernos.

La educación pública es uno de los campos en los que mayor énfasis se ha puesto, sobre todo en lo que a una buena instrucción primaria respecta. Otro aspecto que no carece de interés es que los Estados más progresivos consecuentemente le han dado la misma formación a las niñas que a los niños. Esto ha implicado una dramática reducción del índice de natalidad y con ello un mejor punto de partida en la vida para todos los niños. Las experiencias obtenidas de las prósperas economías del Asia confirman el mensaje difundido en Copenhague, es decir que no hay inversión más rentable que la inversión en el ser humano y su habilidad.

Otro ingrediente que cabe mencionar en este contexto es el rol del Estado. Para gran irritación de los neoliberales, el Estado ha tenido un papel decisivo en los progresos económicos. Lo que ha sucedido es sobre todo que el Estado ha hecho lo que era necesario hacer y que lo ha hecho de la manera más eficaz.

Hace más de 200 años que Adam Smith escribió sobre la mano invisible del mercado. En la actualidad la mayor parte de las personas están de acuerdo en que es la economía de mercado la que ofrece las mejores posibilidades de crecimiento y evolución. Pero si se carece de una dimensión social y cierta medida de intervención estatal se corre el riesgo de que el mercado oprima a los débiles. En otras palabras: es imperioso que exista una mano inteligente y visible al costado de la invisible, si se desea que los países en vías de desarrollo puedan sacar provecho de las ventajas del mercado y no ser únicamente sus víctimas. No hay mercado que pueda funcionar sin tener un sistema bancario y legal que sea eficaz y una serie de instituciones competentes en diferentes sectores. No se trata del Mercado o del Estado, se trata del Mercado y del Estado en racional cooperación.

Es justamente esto lo que sigue faltando en tantos países en vías de desarrollo, un aparato estatal que tenga la capacidad técnica y administrativa suficiente, no sólo para formular, sino incluso para llevar a cabo una política inteligente. La crisis por la que está pasando el Africa es en alto grado una crisis del Estado.

Al brindar asistencia administrativa a los Estados receptores podemos contribuir a elevar su capacidad para aprovechar al máximo la asistencia recibida, guiar su propio desarrollo, construir la infraestructura necesaria para su desarrollo y crear un clima propicio para las inversiones y una industria dinámica. Como ejemplos de esto podemos mencionar a los planificadores de salud pública palestinos, a los interventores de cuenta en Mozambique, a los funcionarios del Banco Central en Vietnam, a los jueces en China, a los especialistas en estadística en Tanzania, a los policías en Sudáfrica, a los funcionarios de aduana en las repúblicas bálticas, a los técnicos en carreteras y caminos en Laos, a los fiscales públicos en Etiopía y a los encargados del cobro ejecutivo en Costa Rica.

Cada pueblo es dueño de su destino. La paz, la solidaridad y la seguridad empiezan en casa, en el medio vecino.

Ninguna cooperación externa puede sustituir a los esfuerzos internos. Se trata de acciones complementarias.

La cuestión cardinal del siglo XXI es: ¿cómo podremos enfrentar juntos, Norte y Sur, Este y Oeste, el desafío común proveniente de las injusticias globales?

Sino tenemos el coraje y la inteligencia para resolverla cuestión anterior tendremos que la gran mayoría de este globo se levantará obligando a la minoría rica a reaccionar.

En el año 2000 seremos 6.250 millones en el mundo; 5.000 millones vivirán en el Tercer Mundo. La amenaza que se cierne es un *apartheid* global. La solución es una solidaridad global. Para lograrla será necesario que la comprensión y la acción broten, en primer lugar, desde el interior del llamado mundo rico. Esto es necesario, es posible.